

vimiento que dominó á su siglo, y después de preconizarlo con la altivez de su elocuente palabra, adopta con notable talento, las innovaciones de los reformadores de su tiempo, entre los cuales ocupaba lugar distinguido. En un país distinto de la Francia, en que la novedad y el atrevimiento de las ideas ejercen un imperio más alienable y poderoso que la verdad, es natural creer que D'Alembert, hubiera llenado una misión más digna de su genio y más útil á la humanidad.

Se sospechó muy al principio, que este niño estudioso y melancólico, prometía ser un ardiente defensor del cristianismo; pero no tardó, en declararse á favor de los preceptos que contribuyeron á debilitar sus creencias; así, pues, á pesar del esfuerzo de sus profesores Jansenistas en dirigir sus pensamientos hacia la Teología, no pudieron menos que maravillarse de sus trabajos, creyendo por un momento, que el Colegio Mazarin vería renacer á Pascal: al ilustre solitario de Port-Royal; en efecto, desde su primer año de Filosofía, escribió un magnífico comentario sobre la epístola de S. Pablo á los Romanos, y por este motivo, decía con sobrada razón el Marqués de Condorcet que principió, por donde el inmortal Newton había terminado.

Durante este período de su vida de estudiante, se inició D'Alembert en el estudio de las Matemáticas, prosiguiéndolo con un empeño azás penoso y laboriosidad á toda prueba, sin que hubiera pasado mucho tiempo para sentar plaza entre la encumbrada reputación de los sabios sus contemporáneos; y agrandando la esfera de los conocimientos, por una serie de interesantes trabajos, se puede decir que hizo progresar de un modo sorprendente los dominios de la ciencia que se ha proclamado como la mejor de las producciones del entendimiento humano.

No se consideraba satisfecho abarcando los dilatados linderos del saber, porque comprendía que el hombre á él dedicado, necesitaba desprenderse de todo lo que fuera un